

DISCURSO INAUGURAL DE LAS VI JORNADAS
CHILENAS DE DERECHO PUBLICO

por
Prof. EUGENIO VELASCO LETELIER
Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y So-
ciales de la Universidad de Chile.

Señor Gobernador de Arica,
Señor Alcalde de Arica,
Señores representantes del Cuerpo Consular,
Señor Presidente de las Sextas Jornadas Chilenas de
Derecho Público,
Señores delegados,
Señoras y señores:

Al iniciar estas "Sextas Jornadas Chilenas de Derecho Público", destinadas al estudio y análisis de la "Integración fronteriza chileno-peruano-boliviana", deseo hacer llegar a todos los señores delegados los parabienes de la Facultad que presido y la expresión de sus agradecimientos por haber acogido el llamado que formulara, sin mirar las distancias que su entusiasmo había de acortar, y exteriorizar la perenne gratitud de la Corporación hacia la Junta de Adelanto de Arica, sin cuya generosa ayuda este esfuerzo habría sido estéril, así como a las autoridades y pueblo de esta bullente ciudad, encuentro de viejas civilizaciones y culturas, que nos han recibido con lo mejor de su cariño y hospitalidad.

Como ayer en Valparaíso y anteayer en Santiago; al igual que al programar durante dos años consecutivos cursos de especialización; como al dar vida al Centro de Estudios para la Integración Latinoamericana, la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile manifiesta hoy su afán de impulsar y vigorizar su tarea fundamental de hacer suyos los grandes problemas nacionales para participar en la búsqueda de soluciones en el plano de las ciencias y de los principios, junto con poner énfasis en la urgencia del proceso integrador de nuestro Continente. Y ha elegido

en esta ocasión a la noble tierra ariqueña, en que su tibieza y la caricia de una primavera renovada cada día no logran ocultar su vitalidad y empuje, vencedores de duras viscisitudes y constructores de un mañana grande que ha comenzado ya a levantarse, para reunir a los estudiosos de las Universidades del país y recibir con indisimulada satisfacción y emocionado afecto, a nuestros hermanos de las Universidades peruanas y bolivianas que son partícipes de las mismas preocupaciones. Durante varios días las inteligencias sólo tendrán un objetivo común y los corazones no conocerán sino el ritmo de la confraternidad que rebasa lo discursivo y se plasma en hechos útiles y en sentimientos de perdurable amistad.

El mundo vive no sólo una época de cambios en profundidad sin precedentes, sino también un período de inquietudes y convulsiones que corresponden a la dramática desarmonía entre la conciencia de que todo hombre tiene derecho a vivir sin miseria ni angustia, disfrutando de los beneficios que el progreso cultural y el avance científico y tecnológico le ofrecen y la seguridad de que ella es realizable y se ha logrado ya para un tercio de la humanidad, y la elocuencia brutal de la desnutrición, el frío y la ignorancia en que se debate la mayoría de los hombres. Estamos enfrentados así a una carrera entre la rapidez de las transformaciones necesarias para la materialización de esos anhelos urgentes y el premio de tensiones sociales que amenazan desbordarse. Nadie que tenga sensatez puede eludir la responsabilidad de entregar un aporte a la ardua tarea que presenta el día de hoy, en la especialidad que le corresponda. Y como se trata de una empresa que alcanza a todos los dominios y cuya vastedad coincide con la universalidad de la vida humana, cada individuo, cada organización, cada comunidad, cada país tiene su dosis, siempre importante y útil, que allegar. A la Universidad le corresponde el rol señero que toca a su jerarquía espiritual, a la calidad y preparación de sus hombres y a su milenaria tradición de depositaria de la ciencia y de la cultura, tradición enriquecida en el Mundo Latinoamericano con una postura de permanente defensora a los principios

tan caros de libertad y democracia, de solidaridad y de justicia social.

En la hora presente, se encuentra ella en situación preponderante para jugar el elevado y decisivo papel que las circunstancias históricas le señalan: la Universidad es la conciencia de un pueblo, y como tal vive y siente sus desesperanzas y limitaciones, de manera que tiene con holgura la raíz sentimental y emotiva que es motor irremplazable para empujar las inteligencias. Y en razón de su naturaleza, que le vuelca al estudio y a la búsqueda de la verdad, cuenta con los hombres más idóneos en los distintos campos del saber humano. Los problemas de hoy revisten una complejidad que hace insuficiente el mero afán de servicio y la experiencia política para su enfoque exacto y la consiguiente solución. La Universidad no puede, entonces, permanecer enclaustrada en un diálogo íntimo que carezca de eco más allá de sus muros y arriesga traicionar su fundamento más auténtico si no abre de par en par sus puertas para incorporarse a la corriente de la vida social, y decir su palabra autorizada, desde un nivel científico y constructivo, elevado y digno, valiente y decidida frente a las voces pusilánimes que se atemorizan ante los cambios que el progreso reclama, atenta a tomar parte al lado de los desposeídos para indicarles el camino de la justicia, pero consciente de cuál es su tarea y, por lo mismo, sin la pretensión de sustituir a los poderes públicos, sino inspirada tan sólo en el deseo de entregarles el acervo resultante de sus investigaciones y experiencias para que ellos lo administren en concordia con el mandato que han recibido, con su propia orientación ideológica y con las circunstancias reales de cada momento histórico. La Universidad ha de proceder, finalmente, con respeto a todas las ideas y manteniéndose al margen del tráfigo de la política militante, cierta de que sus componentes tienen las más dispares inclinaciones, pero que se unen en la tolerancia a todas ellas y en el sendero de la investigación y el análisis frío de los fenómenos de cualquier tipo, que constituyen el objetivo de sus desvelos, para aprender lo que no sabe sin prejuicios ni dogmatismos que frenen o desvíen su ruta sin final.

América Latina reconoce filas en el amplio sector del mundo subdesarrollado. Demás están las cifras cuando nuestros hombres, en todas las latitudes, saben de la falta de techo, del analfabetismo, del hambre o de la subalimentación, del desempleo, de la mortalidad infantil, de la inestabilidad política. Pero no está demás repetir aquí que faltan veinte millones de viviendas y tenemos cincuenta millones de adultos analfabetos, que el ingreso per cápita no alcanza un promedio de cuatrocientos treinta dólares al año mientras la media del mundo es de seiscientos, en Estados Unidos se acerca a los tres mil y en algunos países del continente no llega a ciento cincuenta. Y lo que resulta verdaderamente trágico es que las diferencias con el mundo altamente industrializado se acentúan día a día, pues mientras éstos siguen progresando a razón de una tasa de crecimiento que fluctúa entre un cinco y un ocho por ciento anual, nuestros pueblos lo hacen tan sólo a poco más del uno por ciento.

Principios científicos y razonamientos que encuentran vehemente comprobación en distintas regiones del globo, están indicando que el desarrollo no puede alcanzarse sin grandes espacios económicos que permitan el verdadero aprovechamiento de la tecnología contemporánea. El noventa y cinco por ciento de la producción industrial de los países más avanzados se desenvuelven en inmensos mercados que a pesar de su amplitud se desbordan en incontenible búsqueda de mayor intercambio. No obstante, nuestras naciones han pretendido desarrollarse en un vasto y rico territorio, pero segregado arbitrariamente en numerosos compartimentos que han diluido sus esfuerzos en acciones aisladas, y en las cuales con frecuencia han seguido imperando conceptos arcaicos de nacionalismos soberbios y de soberanías decimononas que paralizan su esfuerzo y cierran los caminos del progreso. Y estos aislamientos no se circunscriben al campo económico, sino que abarcan una extensa gama de actividades.

“La integración no es un proceso que se pueda realizar o dejar de realizarse. Es de fundamental importancia para conseguir la aceleración del desarrollo económico y social de América Latina, tan seriamente comprometido por factores

internos y exteriores que es ineludible atacar con toda decisión". Así decían, hace dos años y medio, los notables expertos señores Felipe Herrera, José Antonio Mayobre, Raúl Prebisch y Carlos Sanz de Santa María, respondiendo a una carta del Presidente de la República de Chile.

Pero es un hecho evidente que el proceso marcha con lentitud y que pese al entusiasmo de muchos y a notorios avances que hoy comprobamos, está lejos aún de alcanzar un ritmo que permita aquietar los espíritus y devolvernos la calma.

En los albores de nuestra vida independiente, el visionario Bolívar propiciaba "dar libertad a grandes y numerosos pueblos que sólo independientes pueden llegar a la alta prosperidad a que son llamados por la naturaleza; conciliar por este acto sublime de justicia, su amistad y gratitud; unirlos y unirse a ellos por los lazos indisolubles de la utilidad y el interés recíprocos; forjar, en fin, una firme y fuerte Confederación y colocarse a la cabeza de ella; ésta es la obra capital del Genio del Bien y de la Gloria, y jamás los fastos del género humano prestarán otra que pueda comparársele".

Pero años más tarde su desaliento se expresaba en palabras de fuego: "Yo he mandado veinte años y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: 1) La América es ingobernable para nosotros; 2) El que sirve una revolución ara en el mar; 3) La única cosa que se puede hacer en América es emigrar; 4) Este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles de todos los colores y razas; 5) Devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán siquiera conquistarnos. Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, este sería el último período de América".

Afrontamos el deber ineludible de detenernos en este camino trágicamente advertido. El hombre indoamericano grita y reclama la urgencia de un camino de rumbos; y sólo en la integración total, que cubra desde lo económico y social, a través de lo jurídico y político, hasta lo cultural y afectivo, hallaremos la ruta de un nuevo destino. Y en esta tarea, que

sabemos larga y compleja, difícil y llena de escollos, promisorios senderos se nos ofrecen que hacen posible agilizar la magna empresa: no sólo cabe completar la integración del Continente a través de una postura amplia que busque desde el principio la complementación de las economías de todos los países, siguiendo los dictados de una política única, general y común, al mismo tiempo y paralelamente es viable apresurar el proceso mediante la anticipación de soluciones parciales que no sean sino trozos del cuadro continental. Podemos adelantar en el sendero, como quien arma un gran rompecabezas, por la vía del estudio y análisis del conjunto, sin perjuicio de configurar también aquellas partes que permiten acomodados a plazo más corto y que, al final, lejos de perjudicar, encajarán perfecta y armónicamente en el complejo total.

En el Viejo Mundo, la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, originada en el Plan Schuman, alcanzó un éxito que pocos pudieron prever y en el cual ha de encontrarse el verdadero incentivo para otras ideas que procuraron nuevas integraciones sectoriales y finalmente, en la concreción y firma del Tratado de la Comunidad Económica Europea que hoy deslumbra al mundo con sus resultados y patentiza el vigor y el empuje con que la muchas veces secular Europa sigue dando ejemplos al eterno Continente joven.

En el Tratado de Montevideo, de febrero de 1960, se señala como objetivo inmediato el establecimiento, dentro del plazo de doce años, de una Zona de Libre Comercio, vale decir, la eliminación de los derechos de aduana y demás restricciones en el comercio de los productos originarios de los países miembros, pero conservando cada uno de ellos la individualidad aduanera respecto de terceros Estados no asociados en el área. Como metas lejanas, se prevén etapas más avanzadas de integración: la organización de una Unión Aduanera, de un Mercado Común y de formas en que la decisión política tenga una debida participación. Pero es escasa o ninguna importancia la que ese Tratado da a iniciativas encaminadas a la integración de subregiones o de zonas geoeconómicas, y se alude a la integración fronteriza en forma limitativa, como el simple y elemental tráfico de mercaderías, de

valor y volumen reducido, entre poblaciones vecinas situadas a uno y otro lado de los límites territoriales de dos Estados.

La Declaración de Bogotá, de agosto de 1966, formulada por los Presidentes de Chile, Colombia y Venezuela, y por representantes personales de los Jefes de Estado de Ecuador y Perú, constiuye sin duda un hito importante en este aspecto, al destacar la conveniencia de promover la integración subregional como una etapa dentro de la continental.

Ojalá que el Mercado Subregional Andino de Chile, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela sea un argumento convincente de la utilidad y acierto de esta variante en el camino integracionista. Y hay razón para creerlo así, si los Presidentes de las Repúblicas de América, en su histórica Declaración de abril último, junto con decidir la creación progresiva, a partir de 1970, de un Mercado Común Latinoamericano que deberá estar sustancialmente en funcionamiento en un plazo no mayor de 15 años, promovieron la concertación de acuerdos subregionales de carácter transitorio, "en forma más acelerada que los compromisos generales que sean compatibles con el objeto de la integración regional".

Mientras tanto, iniciativas de esta especie se plantean entre Guatemala y México, entre Colombia y Ecuador, que buscan una integración de sus zonas fronterizas; entre Brasil y Uruguay con relación al Lago Merin, junto a otras de mayor envergadura y multinacionales, como el estudio sobre integración y desarrollo de la Cuenca del Plata, que importaría un paso de siglos para Argentina, Bolivia, Brasil, Paraguay y Uruguay.

¿Por qué no ha de ocurrir otro tanto con esta subregión, en que los intereses coincidentes y armónicos de Chile, Bolivia y Perú están esperando el cauce que la buena voluntad y la capacidad de los tres pueblos les abra para avanzar magníficos en busca del bienestar material, de la prosperidad y del progreso cultural de miles de americanos que hoy vegetan paradójicamente en una tierra que encierra en sus entrañas inapreciables tesoros y en su superficie una muerte aparente que aguarda el soplo de la inteligencia humana y de la comprensión para revivir en alimentos o industrias?

No nos hemos reunido aquí para hacer la integración de esta zona. Pero sin duda que el análisis sereno y documentado, el debate cordial y siempre abierto a la verdad que habrán de ocupar vuestros esfuerzos en los días venideros, aclarará muchas dudas, disiparán errores y marcarán los caminos sobre infraestructura económico-social de la zona, de las modalidades y normas más adecuadas para su integración a la luz de otras experiencias similares, de los complicados problemas en relación con el papel de las empresas públicas y privadas, de las modificaciones legales que sea menester propiciar, de la política laboral a seguir, de las cuestiones financieras, tributarias y económicas que deberán ser resueltas, de los mecanismos administrativos y políticos que habrán de utilizarse.

Habremos así cumplido con nuestra misión de universitarios y de latinoamericanos: siempre atentos a entregar lo mejor de cada uno en aras del progreso colectivo, del bienestar de nuestros semejantes, de la confraternidad continental y de una verdadera paz asentada y avalada en la justicia social, en la educación y en la cultura para todos.